



CONTENDOR POR LA FE



Director y Redactor G. E. Russell

Apartado 1344, Guatemala, C.A.

SALA EVANGELICA 4a. Calle, 0-35, Zona 11.

REVISTA EVANGELICA DOCTRINAL, GRATIS.

“... me ha sido necesario escribiros exhortándoos
que contendáis ardientemente por la fe que ha
sido una vez dada a los santos” Judas 1: 3.

Registrado como correspondencia de 2a. clase en la Admón
de Correos el 4 de Sept. 1962, bajo número 1501.

Año 43 Guatemala, C. A., Septiembre y Octubre de 1967. Nms. 59 y 60 Tiraje 8,800

El Creyente y su Cuerpo

2. Lo que el Señor Jesús enseñó a sus discípulos respecto a sus cuerpos.

En estudiar cualquier tema en la Biblia, siempre es bueno al principio, buscar lo que El Señor Jesucristo mismo dijo acerca de ello, y en seguida estudiar la enseñanza del Antiguo Testamento y después los libros del Nuevo Testamento para ver si hay más luz por ellos. Son cuatro las veces en que el Señor Jesús habló acerca del cuerpo.

(a) “Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de tí; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de tí; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. “Mateo 5:29 y 30. Ninguno negará que este dicho del Señor Jesús nos es difícil entender, y no creo yo que lo debemos tomar literalmente. Creo más bien que la interpretación verdadera es la dada por el apóstol Pablo en su carta a los Colosenses, “Haced morir pues lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” Colosenses 3:5. Hemos de reconocer el hecho de que la tentación a pecar pueda venir por nuestros cuerpos y amortiguar estos deseos ilícitos.

(b) “La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo, está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. Mira pues no suceda que la luz que en tí hay, sea tinieblas. Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguno de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbrá con su resplandor.” (Lucas 11:34-36.) El mismo dicho se encuentra también en Mateo 6:22, 23. ¡Este tampoco se comprende literalmente porque si fuera así, sería imposible por un ciego recibir la luz de Dios! No se refiere a la vista física nuestra, sino a lo que el apóstol Pablo describió como “los ojos de vuestro entendimiento” Efes.1:18. Por clavar la mirada espiritualmente en el Señor Jesús, podemos recibir la luz de El en nuestros corazones y vidas.

(c) “Mas os digo, amigos míos: no temáis a los que matan el cuerpo y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; si os digo, a éste temed.” Lucas 12:4-5. (un texto paralelo se encuentra en Mateo 10:28). Hay una diferencia de opinión entre estudiantes de la Biblia, en lo que quiere decir este versículo. ¡Algunos piensan que el Señor Jesús está advirtiendo a sus discípulos temer al diablo!

Pero al pensar un poco, se ve que ésta interpretación es imposible. El Señor Jesús mismo dijo que el infierno fue preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25:41), y Dios mismo es el único que tiene la autoridad para lanzar a los hombres allí. La enseñanza del pasaje es este que no debiéramos temer a los hombres que solamente pueden matar a nuestros cuerpos, sino que debiéramos vivir en un temor reverencial de Dios, venga lo que venga.

(d) "Por tanto os digo: no os afanéis por vuestra vida, que habéis de comer o que habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, que habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? . . . no os afanéis, pues, diciendo: ¿Que comeremos o que beberemos, o que vestiremos? . . . vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas éstas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas éstas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:25-33). Hay otro pasaje parecido en Lucas 12:22-31.

Aquí el Señor Jesús está instigando a sus discípulos que "Lo primero ante" todo. Es su deber de dar a Dios el primer lugar en sus vidas, y confiar en El para suplir sus necesidades físicas.

Como Pablo escribió a Timoteo mas tarde: "Ejer-cítate para la piedad, porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de ésta vida presente, y de la venidera." 1 Tim.4:7-8. mien-tras no debiéramos descuidar nuestros cuerpos, (Col 2:23) debiéramos hacer, como la cosa prin-cipal en nuestras vidas, adelantar los propósitos de Dios, y no satisfacer los anhelos del cuerpo.

En estos cuatro dichos está resumido la enseñanza que El Señor Jesús dio a sus discípulos respecto a sus cuerpos. Debemos estar dis-puestos amortiguar las pasiones malas que nos vienen por nuestros cuerpos. Debemos guardar nuestros ojos abiertos a lo que Dios quiere que aprendamos. No debemos temer la muerte del cuerpo mas que temer desobedecer a Dios. De-bemos procurar hacer la voluntad de Dios más que ganar las necesidades del cuerpo, y no estar afanosos de ellas, porque nuestro Padre celestrial sabe lo que necesitamos.

En el próximo número Dios mediante dis-cu-tiremos la enseñanza en la epístola a los Romanos, tocante al cuerpo.

Por DR. J. W. McMillan.

La Primera Epístola de Juan

EL PRECEPTO EN LA EPISTOLA LA EXPLICACION DEL PRECEPTO EN LAS ESCRITURAS

Capítulo 12

- 1 Juan 1:5
- 1 Juan 2:3,4,7,8
- 1 Juan 3:11,23
- 1 Juan 4:7,8,11,12,16,21

Al leer ésta epístola corta, he encontrado varias veces las palabras "mandamiento" y "mandamientos". A mí me parece muy intere-sante que cada vez que se usa el singular (mandamiento), se refiere al mandamiento de "amarse unos a otros" (2.7,8; 3.23; 4.21), y es una orden, un encargo, a los "hijitos" que se amen unos a otros. La frase amemos unos a otros, se emplea cinco veces en la epístola (3.11, 23; 4.7,11,12).

"Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido desde el principio; éste mandamiento antiguo es la palabra que

habéis oido desde el principio. Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasan-do, y la luz verdadera ya alumbrá."

1 Juan 2:7,8.

En los versículos tres y cuatro el Espíritu Santo habla de "mandamientos," pero aquí la palabra es "mandamiento." Hay una razón para eso, y es que el tema del precepto aquí es el amor fraternal. "Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En ésto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis amor los unos con los otros" (Juan 13. 34,35). Un fariseo preguntó a nuestro Señor, "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu

mente. Este es el primer y grande mandamiento.

Y el segundo es semejante. Amarás a tu prójimo como a tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo 22 36.40). Y el Señor añadió, "No hay otro mandamiento mayor que éstos" (Marcos 12.31). "Porque el que ama al prójimo, ha cumplido con la ley". (Romanos 13.8). Porque toda la ley en ésta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a tí mismo" (Gá. 5.14). "Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a tí mismo, bien hacéis" (Stg.2.8). "El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor" Ro. 13.10). "Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida" (1 Ti. 1.5). Estas porciones nos enseñan que el completo deber moral del hombre se expresa en una palabra: Amor. Esa es la cosa suprema.

"Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo ... sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo" (1 Jn. 2.7-8). Aquí tenemos una paradoja, pero, sin embargo, una verdad. ¿Cómo puede este precepto ser antiguo y a la vez nuevo? Es antiguo en verdad, pero nuevo en su impacto; viejo en el principio, más nuevo en la práctica. La ley del amor es un mandamiento antiguo (Lv. 19.18), pero con el correr del tiempo la luz de un conocimiento más grande produce cada día un desarrollo nuevo del amor ilimitado e inmensurable. El precepto, aunque antiguo, es nuevo para el que lo encuentra por primera vez. El amor es antiguo, pero siempre refrescante. En un sentido, es un mandamiento viejo, surgiendo de las leyes más antiguas de Dios al hombre. No

obstante, es un mandamiento nuevo, revelado nuevamente en Jesucristo.

Al examinar mi propio amor para Cristo del punto de vista de mi primer conocimiento de El, ese amor parece antiguo (a saber, desde mi conversión el 25 de diciembre de 1927). Ya que le conozco en medida más amplia, mi amor para mi Señor es nuevo y fresco. Así vemos que es un mandamiento antiguo desde el principio de nuestra fe cristiana; es nuevo en la medida en que crezcamos en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. No son dos mandamientos, sino un precepto de eterna y perenne frescura. El precepto se explica más en la definición del amor. Dos veces leemos en la epístola las palabras "Dios es amor" (4.8,16). No deje de notar el significado de ésta frase. No es meramente que Dios ama, ni que el amor es sencillamente una cualidad que posee. Mejor dicho, demuestra la naturaleza misma de Dios. El es el autor de todo verdadero amor, benevolencia, bondad, y misericordia. Igualmente como es Espíritu (Jn. 4.24) y Luz (1 Jn. 1.5), El es amor. Cuando leemos que "el amor es de Dios" (4.7), no es solamente que es su propiedad y así emana de El como toda dadora buena viene de El (Stg. 1.17), sino que es el eterno principio de su naturaleza.

La palabra "amor" en sus varias formas se encuentra en esta epístola más veces que en los otros libros del Nuevo Testamento, salvo el Evangelio de San Juan. Es una palabra característica de la cristiandad. Nunca fue una palabra común en la literatura clásica griega. Los griegos paganos no sabían nada del amor que se sacrifica para un enemigo. Tal amor nunca tiene su base en la personalidad humana, la pasión humana, o el placer humano.

EL PRECEPTO EN LA EPISTOLA

La Demostración del Precepto

CAPITULO 13

"En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos" 1 Juan 3.16.

"En esto consiste el amor: no en que en nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" 1. Juan 4.10.

Estos versículos presentan un cuadro perfecto de la clase de amor encerrada en el precepto. ¿Cómo podemos conocer y entender el amor de Dios, el amor que ES Dios? ("Dios es amor"). "En esto nosotros (los nacidos de nuevo) hemos conocido... él puso su vida por nosotros." Dios hizo esto en la persona de su hijo, porque "El estaba en Cristo reconciliado consigo al mundo" (2.Co. 5.19). El amor de Dios lo conoce únicamente los que se apropián la muerte de Cristo por sus pecados.

Se ha fijado que el versículo 3.16 en el

evangelio y el 3.16 en la primera epístola dicen la misma cosa? En el calvario el amor de Dios fue demostrado en la muerte vicaria de Cristo. Es el amor divino en su expresión superlativa. "El puso su vida por nosotros." La frase "poner su vida" se encuentra varias veces en los escritos de Juan (Juan 10.17-18; 15.13)." El creyente llega a conocer por este acto voluntario de "poner su vida" lo que es la naturaleza íntima del amor verdadero (Juan 15.13; Gá. 2.20).

Estos versículos demuestran el amor de Dios de una manera gráfica. Nótese que no había ningún deseo de parte del pecador de reconciliarse, de acercarse a Dios. Además, no había en Él nada para atraer el amor de Dios, "no en que nosotros hayamos amado a Dios." "Más Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros . . . Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Ro. 5.8,10). Eramos pecadores y enemigos, pero, sin embargo, nos

amó. Aquel amor que Dios es, se exhibió perfectamente cuando se dio a Si Mismo en la persona de su Hijo por los pecadores y los enemigos que le odiaban. Jesús dijo, "Porque si amáis a los que os aman, ¿que recompensa tendréis?" (Mt. 5.46). Cuando Dios vio el pecado del hombre y el odio que demostraba hacia El, no le volvió la espalda con ira, sino que mostró compasión y misericordia "y" "envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados." El mundo nunca ha presenciado una exhibición tan sublime de amor. "Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor para con los hombres, nos salvo" (Tito 3.3-4). El Señor Jesús dijo, "que os améis unos a otros, como yo os he amado" (Jn. 13.34; 15.12). El ejemplificó y manifestó perfectamente el amor de Dios.

Por Lehman Strauss Cont. D. M.

El Tabernáculo en el Desierto

EL VELO Exodus 26:31-33

El velo dividía entre el Santísimo — la cámara de la inmediata presencia de Jehová — y el Lugar Santo, el lugar de adoración y servicio sacerdotal.

Era una cortina de cárdeno, púrpura, carmesí y lino fino, con querubines. Estaba sostenida por cuatro columnas de madera de Sittim, fundadas sobre basas de plata, con sus ganchos colgantes de oro. En tanto que el velo permanecía intacto, el sacerdote estaba excluido de la presencia inmediata de su Dios, y la gloria divina quedaba escondida de su vista. Solamente una vez al año al sumo sacerdote le fue permitido entrar, y eso únicamente con la sangre de expiación en la mano, y su persona envuelta en una nube de santo incierto.

El Santo Espíritu ha interpretado esta figura para nosotros en sus propias palabras, como aparecen en Hebreos 10:20. Allí leemos: "El velo, esto es, por su carne". Este velo, pues, prefiguraba la "carne", o la humanidad del Señor Jesús. "Dios ha sido manifestado en carne" (1 Tim. 3:16); "y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros". (Juan 1:14) Qué misterio de gracia se nos presenta aquí, en la consideración del cual debemos proceder con cabezas inclinadas y espíritus reverentes, refre-

nando nuestra imaginación, y siendo guiados por la luz de las Santas Escrituras. El era el Santo en cuanto a su humanidad; distinto a todos los demás hombres, porque era sin pecado; sin embargo, tan cerca de nosotros vino, que se dice: "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de LO MISMO". (Heb. 2:14). Su encarnación era una necesidad para que pudiera morir, y también lo era su perfección para que pudiera morir *por nosotros* a fin de redimirnos. No había oro entrelazado con los colores del velo, como lo había en la textura del ephod del sacerdote, porque eso indicaría que su divinidad y humanidad estaban entremezcladas. Pero tal no era el caso. Tuvo sed junto a la fuente de Sichar, y hambre en el desierto, y las sintió ambas. Tuvo cansancio en el camino, y descansó y durmió sobre un cabezal en el barco. ¡Oh, qué cosa feliz es saber que tenemos a un Jesús como él! Tan tierno que el niño y el discípulo amado podían recostarse en su seno y sentirse confiados, y al mismo tiempo era el Dios Todopoderoso — Emmanuel. Los ganchos de oro que sostenían el velo pueden hablar de esto, mientras que los querubines tejidos entre el cárdeno, la púrpura y el carmesí

pueden indicar la presencia del poder divino que estaba en él, muchas veces ejercido a favor de otros, pero nunca en beneficio de si mismo.

Estaba sostenido y era desplegado por cuatro columnas, cortadas, no coronadas, asentadas sobre basas de plata. Hay cuatro evangelios que dan una divinamente inspirada revelación del santo nacimiento y vida de Cristo, todos terminando con el cortamiento de su vida en la cruz. No necesitamos otra "vida de Cristo" para complementarlos. Han sido escritos muchos, que adolecen de las enfermedades de las opiniones de sus autores, en contradicción a las palabras inspiradas del Espíritu Santo.

Pero el velo en toda su hermosura no daba acceso a la presencia de Dios; más bien cerraba el camino. Y la encarnación de Cristo, aparte de su muerte, no habría en sí traído al pecador cerca de Dios. Debemos recordar esto, porque muchos, que ocupan posiciones de maestros en la iglesia profesante, ahora dicen que estamos unidos a Cristo en su encarnación, que Dios es el Padre de todos los hombres, hayan nacido de nuevo o no, y que en consecuencia todos serán salvos. Pero no puede haber ninguna unión con Cristo excepto en la nueva creación; ninguna entrada en la familia de

Dios sino por un nuevo y segundo nacimiento; y ningún lugar en el cielo sino sobre la base de la redención. El velo tenía que ser roto, antes que el camino a la presencia de Dios fuese abierto, y Cristo tenía que morir antes que los pecadores pudiesen ser "hechos cercanos" por la sangre. (Efes. 2:13). En el mismo instante de la muerte del santo Cordero de Dios fuera de la puerta de Jerusalén, el velo dentro del templo se rasgó "por medio" de alto a bajo, y los sepulcros de los santos se abrieron. La primera de estas señales es prenda de acceso a Dios; la segunda, de la destrucción de la muerte; y ambas son frutos de la muerte de Cristo. ¡Bendito sea Dios, que ya no hay barrera! El atrio de adentro y el de afuera están ambos abiertos a los santos de Dios, y las bendiciones espirituales en lugares celestiales han sido en su totalidad hechas suyas por gracia. Los santos se acercan para orar y alabar; y dentro del círculo interior, en la plenitud de divina luz y amor cantan:

"Dentro del Santísimo,
Por su sangre limpiados,
Nos postramos ante tu trono,
Y te adoramos — nuestro Dios"

EL ARCA (Exodo 25:10-12)

El único vaso dentro del círculo del Santísimo era el arca con su propiciatorio. La descripción del mismo está en Exodo 25:10-12. Era un cajón o cofre hecho de madera de Sittim, revestido por dentro y por fuera de oro puro. Tenía una cornisa o franja de oro alrededor arriba, un anillo de oro en cada una de sus cuatro esquinas, y dos varas de madera de Sittim revestidas de oro mediante las cuales podía ser llevada por el desierto. Dentro de esta arca estaban las dos tablas de la ley; y, más tarde, encontramos que fueron depositadas en ella la urna de oro con el maná y la vara de Aaron que reverdeció.

Aquí, como en otras partes, vemos al Dios hombre en el oro y la madera de Sittim. Las tablas no quebrados dentro del arca nos recuerdan la obediencia perfecta de Cristo. En seguida se nos recuerdan las palabras, ciertas tan solo de Aquel del cual el arca es figura: "El hacer tu voluntad, Dios mío hame agrado; y tu ley está en medio de mis entrañas". (Sal. 40:8). Allí, y allí sólo, la voluntad de Dios tenía su morada. De él, y de él sólo, se puede decir que amaba al Señor su Dios de todo su corazón, y alma, y fuerza y entendi-

miento, y que lo hacía continua y constantemente. Las primeras dos tablas fueron quebradas al pie del monte por Moisés cuando vió al pueblo adorando el becerro de oro. ¡De qué utilidad podía haber sido tal ley a ellos! Su primer mandamiento demandaba lealtad completa a Dios; su segundo prohibía el hacer imágenes o esculturas para inclinarse delante de ellas; y su tercero prohibía tomar el nombre de Dios en vano. Mientras Moisés venía de Dios al pueblo con estos mandamientos, ¿qué estaban haciendo? Se habían escupido una imagen, y hacían homenaje delante de ella, declarándola ser el Dios que los había redimido. Tal era la recepción dada por el hombre a la santísima ley de Dios, y tal es la manera en que el hombre la trata todavía. Su corazón rebelde está enajenado de Dios — no está sujeto a su ley, ni puede estarlo. Las tablas están quebradas, y, con el nombre caído, nunca pueden ser renovadas. ¡Cuán insensato, pues, es que el hombre piense que por observar fragmentos de una ley violada pueda satisfacer a Dios o justificarse. Pero cuantos buscan por ese camino alcanzar el reino de Dios, y cuán celosamente se adhieren a formas

exteriores y mezclan la ley y la gracia. Qué extraño debe de sonar en el cielo escuchar a congregaciones domingo tras domingo, cantando y repitiendo a una voz palabras como. "Inclina nuestros corazones a guardar tu *ley*", seguidas por: "Sálvanos por tu *gracia*". Mas la salvación no es una cosa compleja hecha de ley y gracia; de otro modo la gracia ya no sería gracia. El pecador ha quebrado la ley de Dios, y así ha perdido todo derecho a la justicia sobre esa base. Además, está bajo la mal-

dición de ella, esperando su castigo. Pero hu-
bo Uno — distinto de todos los demás — en
cuyo corazón las demandas de Dios tenían su
lugar de honor. Y él era "Jesucristo el Justo".
Perfecto en su fidelidad a Dios, de quien nadie
podía desviarse, y en su amor hacia los hom-
bres, en él las demandas de un Dios santo fue-
ron completamente satisfechas y todos sus jus-
tos requerimientos cumplidos.

Continuará D. M.

La Segunda Venida de Cristo

Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo (Juan 14: 3).

Este mismo Jesús que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hech. 1:11).

Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Tes. 4: 16-17).

Sabemos que cuando El apareciere, seremos semejantes a El, porque le veremos como El es. (1 Juan 3:2).

En presencia estar de Cristo,
Ver su rostro ¿qué será?
Cuando al fin en pleno gozo
Mi alma le contemplará.

Cara a cara espero verle
Más alla del cielo azul;
Cara a cara en plena gloria,
Yo veré al Señor Jesús.

Sólo tras oscuro velo
Hoy le puedo aquí mirar,
Mas ya pronto viene el día
Que su gloria ha de mostrar

¡Cuánto gozo habrá con Cristo,
Cuando no haya más dolor,
Cuando cesen los peligros
Y ya estemos en su amor!

Cara a cara ¡cuán glorioso
Ha de ser así vivir!
¡Ver el rostro de quien quiso
Nuestras almas redimir!

Las profecías de las Sagradas Escrituras consideran a todos los hombres como pertenecientes a uno de tres grandes grupos: los *judíos*, los *gentiles* o la *iglesia de Dios* (1 Cor. 10:32). Estos tres grupos abarcan a todos los seres humanos sin excepción. Los judíos son los descendientes de Abraham y, como tales, son los herederos de las promesas de Dios confirmadas a El (Gén. 12:1-4; 17:1-16). El resto de la humanidad se compone de los gentiles, que actualmente ejercen un dominio precario en la tierra (Dan. 9:24-27; Lucas 21:24). La iglesia de Dios es formada por una multitud de personas que pertenecieron a los dos grupos anteriores, pero que creyeron el mensaje del evangelio; aceptaron a Cristo como su Salvador; y, como consecuencia, fueron bautizados por el Espíritu en ese *un cuerpo* que es la iglesia (1 Cor. 12:13).

Vivimos ahora en los *tiempos de los gentiles*, y en el período de estos tiempos que el apóstol Pablo intitula, *la dispensación de la gracia de Dios* (Ef. 3:2) o sea el *lapso de tiempo* en los propósitos de Dios (que es el significado bíblico de la palabra "dispensación") durante el cual se predica el evangelio y es llamada afuera la iglesia, de *todo linaje, lengua, pueblo y nación* (Apoc. 5:9). También se llama a este período, *la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios* (Ef. 3:9), porque sólo en el evangelio y las cartas apostólicas se descubren sus propósitos referentes a la iglesia. Nos proponemos a ocuparnos en las páginas que siguen, con la culminación de estos propósitos de Dios en cuanto a los tres grupos señalados: *el misterio de su voluntad ... de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos así las que están en los cielos, como las que*

están en la tierra (Ef. 1:9-10). Los indicios y las señales de los tiempos nos advierten que, el fin de todas las cosas se acerca (I Pedro 4:7) y tenemos que estar sobre aviso respecto a estos sucesos pendientes y de inminente realización.

El primer acontecimiento de la dispensación del cumplimiento de los tiempos, será la segunda venida de Cristo, y será el preludio de todos los demás. Algunos objetan la expresión "segunda venida de Cristo", porque dicen que no se encuentra en la Biblia. No tienen razón. El Señor dijo, refiriéndose a su presencia en el mundo, *yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia (Juan 10:10)* y más tarde afirmó, *vendré otra vez (Juan 14:3)*. El apóstol une a estas dos venidas, la primera y la segunda, en una sola declaración: *Cristo fue ofrecido una vez para agotar los pecados de muchos; y la segunda vez, sin pecado, será visto de los que le esperan para salud (Heb. 9:28)*. No hay doctrina de nuestra fe cristiana que tenga base más firme en las Sagradas Escrituras, que ésta de la segunda venida de Cristo. Parece increíble que muchos de aquellos que conocen la Palabra de Dios, la ignoren, la entiendan mal o la dejen de lado restándole importancia. El Nuevo Testamento está impregnado de ella, y la segunda venida del Señor Jesús fue la esperanza luminosa de la iglesia primitiva y su consolación durante las aflicciones y persecuciones de la época.

Nuestro Salvador calmó los corazones agitados de sus discípulos con la promesa de su regreso; los mensajeros divinos se dirigieron a los que acababan de presenciar su ascensión al cielo, y les anunciaron su regreso; y los apóstoles no cesaron de escribir y exhortar a las iglesias respecto a este regreso. Más aún, el advenimiento del Señor constituía una parte integrante de su fe, como queda de manifiesto por las palabras de Pablo dirigidas a los cristianos de Tesalónica recordando cómo se habían convertido, *de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar a su Hijo de los cielos, al cual resucitó de entre los muertos; a Jesús (I Tes. 1:9-10)*. El último capítulo de la Biblia reitera tres veces la declaración de su venida con palabras sencillas, concretas y terminantes, y con la advertencia de que será presto y en breve. ¿Cómo es posible aceptar a las Sagradas Escrituras como la revelación inspirada de Dios a los hombres, y desconocer la verdad tantas veces consigna-

da en ellas de la segunda venida de nuestro Señor y Salvador?

Hemos leído que la venida del Señor es mencionada 318 veces en los 260 capítulos del Nuevo Testamento; o sea, un término medio de una vez por cada veinte versículos desde el evangelio según San Mateo hasta el Apocalipsis. ¡Cuán importante es ésta doctrina! ¡Cuán necesario es insistir sobre ella! Desde luego, Satarás tiene especial empeño en oscurecer esta bendita esperanza, porque el creyente encuentra en ella el estímulo mayor a una vida de santidad y de consagración al servicio de Cristo. Que Dios, pues, alumbre nuestro entendimiento para que reconozcamos esta verdad inspiradora, y para que ella sea la meditación continua de nuestros corazones y la estrella guionadora de nuestras vidas cristianas.

Dijimos que el segundo advenimiento de nuestro Salvador inicia la secuencia maravillosa de sucesos, que distinguirá a la dispensación del cumplimiento de los tiempos, porque significa el rapto de la iglesia y su reunión con el Señor en el aire, como lo establece el apóstol Pablo cuando escribe a los tesalonicenses, *cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestro reconocimiento a El (2 Tes. 2:1)*. Este arrebatoamiento de la iglesia a la venida de Cristo fue siempre la meta ofrecida por los apóstoles a los cristianos primitivos. No debían esperar la conversión del mundo mediante la predicación del evangelio, sino de individuos que compondrían precisamente la iglesia; su perspectiva inmediata no era el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra, sino que éste fuera un hecho en los corazones de los que creyeran; ni tampoco correspondía resignarse a que el sino de su peregrinaje terrenal culminare en la gran tribulación, anunciada en las Escrituras. ¡No! Su blanco glorioso, constantemente señalado por los autores inspirados de las cartas apostólicas, es la segunda venida del Señor Jesús, y así exhorta: *Esperando aquella esperanza bienaventurada, y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tito 2:13)*.

También la partida de la iglesia del mundo a la venida de Cristo pone término a la dispensación de la gracia de Dios, durante la cual se predica el evangelio de salvación eterna por fe en la obra redentora de Cristo sobre la cruz a toda criatura, como se desprende de las palabras de Pedro, cuando manifiesta que el Señor no tarda la prome-

sa de su advenimiento, sino que es paciente, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3: 4, 9). La ausencia de la iglesia, y del Espíritu de Dios obrando en ella y por ella, facilitará los acontecimientos terribles que sobrevendrán inmediatamente; y dejará expedito al hombre el camino, para que demuestre cabalmente hasta donde llega en su rebelión contra Dios, y para que recoja en alguna medida las consecuencias fúnebres de su proceder pecaminoso y blasfemo.

La reunión en el aire del Salvador con su iglesia inaugurará el día de nuestro Señor Jesucristo (I Cor. 1:8) llamado también el día del Señor Jesús (I Cor. 5:5; 2 Cor. 1:14) el día de Jesucristo (Fil. 1:6) y el día de Cristo (Fil. 1:10; 2,16) y será para El, el gran día de felicidad suprema, cuando los brazos que fueron extendidos en la cruz de vergüenza, de agonía y de muerte, se abrirán para recibir a la iglesia de su amor; su esposa espiritual la cual ganó por su sangre (Hech. 20. 28; Ef. 5.25-32) y que ha sido destinado para su corazón antes de la fundación del mundo (Ef. 1.4). Verá en su iglesia completada y redimida en cuerpo, alma y espíritu, del trabajo de su alma y será satisfecho (Is. 53.11). Nuevamente el apóstol insiste en que sea este día la meta de los creyentes, y les exhorta a ser sin falta en ese momento de consumación (1 Cor. 1:7-8) que verdaderamente será para ellos “de los días el más bello, del tiempo el principal”: el día de su perfeccionamiento, galardón y gloria.

Conviene entonces, que seamos santificados en todo; para que nuestro espíritu

alma y cuerpo sea guardado entero sin reprehensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo (1 Tes. 5.23). Este día de Cristo no debe confundirse con el día de Jehová (Is. 13.6) o sea el día del Señor (1 Tes. 5.2) que vendrá como asolamiento y traerá destrucción de repente. Aquel será de reunión triunfante y de felicidad sin par; éste, en cambio, vendrá con ira y con juicio. Nos parece que ambos días se combinan para constituir el día de Dios (2 Pedro 3.12) que comenzará con el rapto de la iglesia en el día de Cristo, para seguir con los juicios y demás sucesos del día del Señor, y que terminará con el juicio del gran trono blanco y con la huida de la tierra y el cielo; y no fue hallado el lugar de ellos (Apoc. 20.11). Este día de Dios será el día postrero, a cuyo comienzo, el día de Cristo, el Señor resucitará a los suyos (Juan 6. 40).

Oportunamente nos corresponderá examinar algunas de las implicaciones del día del Señor, pero la segunda venida de Cristo indudablemente se vincula con el día del Señor Jesús, y cuando las Escrituras se refieren a este día venturoso de realización largamente anhelada, es siempre y solamente en orden a las relaciones íntimas de Cristo con su iglesia. Parece constituir un parentesis de dicha inefable cuando el Amado, reunido por fin y para siempre con su compañera para la eternidad, dará expansión a ese amor con que la amó hasta poner su vida por ella en la cruz. Es el día de su desposorio, y el día del gozo de su corazón (Cant. 3.11). ¡Que día será!

Nigel J. L. Darling Cont. D. M.

El Cristo Levantado En La Cruz

LA NECESIDAD DE LA CRUZ

(Conclusión del Cap. 1)

4. LA CRUZ FUE NECESARIA A CAUSA DE LA LEY.

Escuchemos la declaración de la ley: “Sin derramamiento de sangre no se hace remisión” [He. 9:22]. “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona” (Lv. 17:11)

Cuando Cristo vino a este mundo declaró:

A. P. Gibbs

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar; sino para cumplir” (Mt. 5:17). Nuestro Señor cumplió todos los mandatos de la ley de Dios, y además magnificó la ley. ¿Qué quiere decir esta expresión? Considerémosla por un momento. La ley había declarado: “No hurtarás Cristo nunca hurtó; al contrario, pagó lo que no había tomado (Sal. 69.4). La ley dijo: “No matarás.” Cristo nunca mató a nadie, sino que vino “para dar su vida en rescate por muchos”

(Mr. 10.45). De manera que la ley, que era principalmente negativa y prohibitiva, fue engrandecida por él hasta ser positiva y perfecta, glorificando El de este modo a Su Padre en la tierra (Jn. 17.4).

La ley que Cristo vino a cumplir y engrandecer, no solamente reveló los requisitos justos del Santo Dios, sino que también indicó el castigo incurrido por los que la quebrantaban, pues “Escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gá. 3.10). A más de esto, la ley proveía el medio por el cual el pecador podría lograr la expiación de su pecado en la vista de Dios; es decir, por el sacrificio de un substituto propuesto y provisto por Dios y acepto a El. En el Antiguo Testamento vemos el cuadro de una fila larga de de incontables miles de corderos, machos cabríos, y becerros que marchaban en procesión monótona a los altares manchados de sangre. Cada sacrificio se hizo para cumplir el decreto divino: “Sin derramamiento de sangre no se hace remisión (He. 9.22).

La ley de Dios, aunque era santa, justa, y buena, (Ro. 7.12), no podía salvar a nadie; porque: “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Ro. 3.20).

Bien se podría preguntar: ¿Cómo puede el pecador, que ha quebrantado la ley de Dios y por lo consiguiente está bajo maldición y condenación, ser libertado de estas consecuencias de tal modo que cada requisito de la ley santa de Dios sea satisfecho y Dios mismo glorificado? Solamente hay una contestación a esta pregunta vital, y únicamente la deidad la puede dar: “Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado.”

El Señor, que cumplió y engrandeció la ley durante Su vida en la tierra, vino para redimirnos de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gá. 3. 13). Aquí tenemos la historia en breve. El que no tenía pecado, que no conocía el pecado, ni hizo pecado, y sobre Quien la ley nos tenía ningún derecho ni reclamo, voluntariamente permitió que los pecadores lo clavaran sobre la cruz para así llevar los pecados de los que habían quebrantado la ley, tomando el lugar de ellos y sufriendo toda la pena que la ley les imponía por su culpa. Como ya entendemos, esa pena fue la muerte. Por eso

leemos: “Cristo murió por nuestros pecados” “Cristo murió por los impíos.” Por el derramamiento de su sangre preciosa se satisfizo cada demanda de la ley santa de Dios. Su resurrección es la prueba plena e incontestable de que Dios aceptó el sacrificio del Señor como substituto nuestro, porque se nos asegura que el Señor Jesús “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4.25).

En algunos países el fin de la ley es el lazo del verdugo o la cámara de ejecución. Una vez que se cumple la pena de la ley en la persona del culpable, no se puede hacer más. La muerte del criminal satisface las demandas de la ley. Esta es la posición del creyente con relación a la ley de Dios. Según la estimación de Dios, cada creyente se ve como habiendo muerto a la ley en la persona de su Substituto, el Señor Jesucristo, cuya muerte satisfizo cada reclama de la ley. En vista de la muerte y resurrección de Cristo, a cada creyente se le asegura de que está “muerto a ley mediante el cuerpo de Cristo” (Ro. 7.4). La muerte de Cristo ha satisfecho todas las demandas de la ley, y la prueba es que El fue resucitado de entre los muertos; por lo tanto, Dios puede ahora justificar justamente a cada pecador que, confesando su necesidad confía en el Señor Jesucristo, aceptándole como su Salvador personal y reconociéndole como el Señor de su vida (Ro. 3.25-28; 10.4-10). En consideración a esto el Señor declaró: “Así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado.”

5. LA PROFECIA ESPERABA LA CRUZ.

Un estudio del Antiguo Testamento revela que hay más de 300 profecías tocantes al Mesías que había de venir. La primera se encuentra en Gé 3.15, donde se refiere a El como la Simiente de la mujer que heriría la cabeza de la serpiente. El tiempo y el espacio a nuestra disposición aquí no permiten trazar esta hilera fascinante de profecías desde la incepción hasta la consumación, cuando María “dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre” (Lc. 2.7).

El nacimiento de Cristo de una virgen, Su vida santa, sus sufrimientos vicarios, Su resurrección victoriosa, y Sus glorias futuras - todos se describen en las páginas del Antiguo Testamento. Solamente hay que escudriñar el Nuevo Testamento para encontrar palabras como las siguientes concernientes al Señor Jesús: “Todo esto acontecio para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta” (Mt. 1. 22;

2. I5. 23; 8.I7; I3.35; 2I 4; 27.35; etc).

Estas profecías del Antiguo Testamento hubieron quedado sin cumplimiento si Cristo no hubiera venido. En efecto, el Señor mismo dijo: "Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos" (Lc. 24.44) A los dos discípulos desconsolados en el camino de Emaús, les dijo: "¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?" Entonces, "comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de El decían (Lc. 24.26-27).

Por eso, las palabras: "Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado" tienen una conexión vital con todas las profecías del Antiguo Testamento que "los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1.20-21).

6. LOS TIPOS SEÑALABAN LA CRUZ.

Por todas las páginas del Antiguo Testamento hay tipos numerosos de Cristo. La palabra "tipo" quiere decir una ilustración con propósito divino. Un tipo puede ser: una persona, como Adán (Ro. 5.14); una cosa, por ejemplo, el velo del templo (He.10.20); un evento, como la travesía del Mar Rojo (1 Co. 10.1-11); una institución, como el tabernáculo, el sacerdocio las ofrendas (He. 9.11); o una ceremonia, como La Pascua (1. Co. 5.7).

El significado de estos tipos o figuras no se explica en el Antiguo Testamento, y no tienen significado en absoluto aparte de la revelación del Nuevo Testamento. La serpiente de bronce que fue levantada en el desierto (Nu. 21) no tendría sentido espiritual alguno sino por la explicación del mismo Salvador en Juan 3.14 "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado." El tabernáculo, con el sacerdocio Aarónico y el rito elaborado sería un misterio inexplicable si no fuera por lo que revela el Nuevo Testamento al respecto.

Todos los tipos variados de Cristo se podrían asemejar a un rompecabezas de cartón, las piezas del cual se juntan para formar un cuadro. En algunas se encuentra parte de la cara de una persona; otras demuestran parte de un árbol, una casa, o parte del cielo. Solamente cuando se colocan las piezas con cuidado en su propio lugar se puede formar y apreciar el cuadro completo.

De una manera parecida, cada tipo de Cristo es esencial para poder estimar en su entereza el valor de la persona de Cristo, Su sacrificio, la victoria de Su resurrección, la variedad de sus oficios, y Su ministerio actual como Sumo Sacerdote, a favor nuestro a la diestra de Dios.

El tipo de imprenta de por sí no tiene valor como materia para leer hasta que haya sido colocado en la prensa, y tenga contacto con la tinta, y funcione la máquina, imprimiendo su forma en el papel; así, los tipos en las Escrituras no tienen significado aparte de la impresión producida en nosotros por el Espíritu Santo al entender su contraparte y cumplimiento en Cristo. Fue en vista de todo esto que el Señor dijo: "Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado."

7. LA CRUZ FUE NECESARIA PARA LA SALVACION.

La Biblia no nos deja en duda acerca de la razón de la venida de Cristo al mundo. Aún su nombre "Jesús" que quiere decir "Jehová Salvador", dado antes de Su encarnación, la declara: "Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt. 1.21). Cristo mismo dijo: "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido;" "Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos" (Lc. 19.10; Mr.10; 45).

No hay más que una manera posible por la cual los pecadores perdidos, culpables, sin esperanza, y merecedores del infierno pueden ser salvos de la perdición y del dominio del pecado. El Señor Jesucristo la indicó claramente cuando dijo: "Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado."

El Señor Jesús vino voluntariamente, sabiendo exactamente cuánto le costaría de sufrimiento indescriptible y de perdida incomparable. Con amor sin par y gracia infinita se revistió de humanidad, naciendo en Belén como niño. Que significación tan profunda y hermosa encierran estas palabras: "Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuéseis enriquecidos (2 Co 8.9)."

Cristo se asemejó a un mercader en busca de buenas perlas quien, cuando encontró la perla de gran precio, fue y vendió todo lo que tenía y la compró (Mt.13.45-46). Las Escrituras testifican del hecho de que "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella".

(Ef. 5.25). Nadie sino el eterno Dios podría comprender todo lo que significaba el levantamiento del Hijo del Hombre en la cruz. La Deidad únicamente podría medir la gravedad de la tempestad del juicio divino que se estalló en furia sin igual sobre la cabeza de nuestro Substituto Divino cuando estuvo allí en la cruz, rechazado del hombre y abandonado por Dios.

Nuestro bendito Señor sabía que el único medio de salvar a los pecadores era que El Mismo tomara su lugar y muriera como su Substituto, resucitando después para efectuar En ellos lo que había hecho POR ellos. Sólo así podría el Dios del universo salvar y justificar a cada pecador culpable que confie en la persona y obra de su Hijo Amado. Notemos cuidadosamente las palabras de Romanos 3.24, que aseguran al creyente que es justificado "gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús."

Levantado fue Jesús
En la vergonzosa Cruz
Para darme la salud,

¡Aleluya! ¡Gloria a Cristo!

Yo, un culpable pecador;
El, el justo Salvador,
Dio su vida en mi favor,
¡Aleluya! ¡Gloria a Cristo!

Tomemos a pecho más que nunca el sentido espiritual de las palabras del Señor. "Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado." Una consideración detenida de este asunto importante aumentará nuestro aprecio de Su Bendita Persona, y llenará nuestros corazones de adoración más profunda hacia aquel a Quien amamos sin haberle visto. Nuestros corazones exclaman gozosos, con los redimidos de todas las edades; "Digno eres . . . porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación" (Ap. 5. 9).

Continuará D. M.

LOS POSTREROS TIEMPOS

Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. 1 Tim. 4, 1-3.

También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrán hombres amadores de si mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos impíos, sin efecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impenitentes, infatuos, amadores de los deleites más que de Dios, 2 Tim. 3.1-4.

Las condiciones descritas en estos versículos son reproducidas en nuestros días. En los días, al fin del primer siglo comenzaron a aparecer. Seguramente han habido las señas de estas condiciones durante toda la época de la dispensación de la gracia. Pero ahora en los días en que vivimos, las señas multiplican y nos acierran que pronto vendrá el Señor Jesucristo. No es de extrañarnos que tales tiempos existen en la

actualidad. La palabra de Dios nos ha previsto o amonestado de antemano para que nos ajustemos a las condiciones. Es un llamamiento a la oración, clamando a Dios que las asambleas de Su pueblo no sean llevadas por la corriente de este siglo malo. Es el deseo ferviente de la Redacción del Contendor que nuestro Dios nos guarde de toda trampa del enemigo, el diablo; "Cual león rugiente anda alrededor buscando a quién devorar" 1 Pedro 5.8. Y como dice Pablo "Para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones" 2 Cor. 2:11. Las fuerzas carnales no son suficientes para ganar la victoria sobre, "las huestes espirituales de maldad en las celestes". Ef. 6:12. Hay una escritura que satanás ha de atacar a los santos en los últimos días, me refiero a Apocalipsis 12.10 12. Es posible que el pleno y completo cumplimiento ha de ser realizado después que haya sido alzada la iglesia a estar con Cristo, pero hay la demostración de como es el enojo y el poder de Satanás en los días postreros antes de la llegada de Cristo.

Es de esperar que tales acontecimientos en nuestros días nos alisten para hacer frente al enemigo en la arena de la oración de la fe.

Por Francisco S. Chaplin

¡DESPERTAD, DESPERTAD, OH CRISTIANOS!

¡Despertad, despertad, oh Cristianos!
 Vuestro sueño funesto dejad;
 Que el cruel enemigo os acecha
 Y cautivos os quiere llevar
 Despertad, las tinieblas pasaron,
 De la noche no sóis hijos ya,
 Que lo sóis de la luz y del día
 Y tenéis el deber de luchar.

Despertad y bruñid vuestras armas,
 Vuestro lomo ceñid de verdad,
 Y calzad vuestros pies, aprestados
 Con el grato evangelio de paz.
 Basta ya de profundas tinieblas.
 Basta ya de pereza mortal,
 Revestid, revestid vuestro pecho
 Con la cota de fe y caridad

La gloriosa armadura de Cristo
 Acudid con anhelo a tomar,
 Confiando que el dardo enemigo
 No la puede romper ni pasar.
 ¡Oh cristianos antorcha del mundo!
 De esperanza el yelmo tomad.
 Embrazad de la fe el escudo
 Y sin miedo corred a luchar.

No temáis, pues de Dios revestidos,
 ¡Que enemigo venceros podrá!
 Si tomáis por espada la Biblia,
 La palabra del Dios de Verdad?
 En la cruz hallaréis la bandera
 En Jesús hallaréis Capitán,
 En el cielo obtendréis la corona:
 ¡A luchar, a luchar, a luchar!



¿Nos reconoceremos en el Cielo?

Suelen a veces los cristianos preguntarse si reconoceremos en el cielo a aquellos que nos han precedido. Personalmente, no lo dudo; pero reconoceremos también a los que no habíamos conocido en este mundo, de la misma manera que los discípulos reconocieron en el Monte de la Transfiguración a Moisés y Elías en gloria, mientras que éstas no hacían más que hablar con Jesús. Pero si se nos habla muy poco de reunirnos después de nuestra partida con aquellos que hemos amado (II Sam. 12:23), se nos dice, en cambio, no que ellos nos han adelantado, sino que nosotros tampoco les adelantaremos cuando nosotros, los que vivimos, ya transformados seremos arrebatados juntos con nuestros seres amados resucitados de entre los muertos para ir al encuentro del Señor. En un instante, todos los santos seremos reunidos sobre la tierra para ser atraídos por el Señor

en un abrir y cerrar de ojos. (I Cor. 15:51-52; I Tes. 4:13-18). Los afectos y vínculos, tales como los hemos conocido en la tierra ya no tienen valor alguno en la gloria.

Un mismo amor y un común sentir, concentrados sobre un mismo y solo Objeto, se habrá apoderado de todas las fuerzas, de todas las aspiraciones y afanes de nuestro ser. El que no conozca bien al Salvador, tal vez pueda figurarse que allí encontrará cosas más interesantes que el mismo Autor de su salvación. Pero el cristiano entendido sabe que Jesús llena el tercer cielo con su santa presencia, como antiguamente, delante del profeta, las faldas de sus vestiduras llenaban el templo. (Isaías 6:1). Ahora bien: "estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria y habló de El" (Juan 12:41).

H. Rossier

AVISO IMPORTANTE

Nuestro amado hermano Don Gray. E. Russell, su Esposa e hijos, llegaron a su país natal de Nueva Zelanda, el día 19 de julio después de un largo viaje por mar. Esperan quedar ausentes por un año, con sus familiares, y al mismo tiempo visitando las asambleas que se reunen en dicho país, y también contando de la obra que se está realizando aquí en Guatemala.

Mientras tanto la obra de la redacción de esta revista continuará como siempre Dios Mediante, pues la misma sigue a cargo

de Don Francisco Chaplin, Siervo de Dios conocido por varios hermanos. Quien reside ya en el hermoso país Guatimalteco. Pido las oraciones de todos los lectores de esta revista, que siempre sea editada para la gloria de Dios y para la edificación de los muchos de habla español en toda la AMERICA LATINA.

(En otros números seguiremos informando, de como se encuentra la familia Russell.)